

DECLARACIÓN

ANTE LA CRÍTICA SITUACIÓN DEL PAÍS

La Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat, después de detenida reflexión acerca de la grave situación de conflicto, desorganización y desconcierto que enfrenta el país, ha considerado imperativo expresar sus puntos de vista al respecto, con espíritu constructivo y el propósito de contribuir a su solución.

Algunos analistas consideran, y así lo han manifestado, que dentro de la reestructuración que demanda el Poder Civil a las Academias les corresponde la misión de conciencia crítica. Ha llegado la hora de constatarlo.

Venezuela pasa actualmente por un trance histórico crucial. La comunidad nacional ya ha pagado un alto precio. Nos encontramos en un proceso de involución que nos regresa a etapas superadas. Por ello, si antes en circunstancias ordinarias podía explicarse que no se manifestara esa conciencia ahora resulta ineludible.

La Academia al comenzar su reflexión retomó como criterio rector del análisis, el establecido en su Declaración de 1999 “Ante el momento histórico que vive Venezuela”, cuando afirmó que “en Venezuela, el cambio es la única constante en la dinámica social y puede afirmarse que es impredecible”. No cabe duda que ahora la situación del país es mucho más compleja e indescifrable que en el pasado inmediato.

Como consecuencia de tal realidad, La Academia asumió que no se podía recurrir al concepto de proyecciones fijas para tratar de desentrañar el futuro y lograr una visión prospectiva. Lo acontecido en este tiempo, tanto en el entorno mundial como en el nacional, ha ocasionado cambios de tal significación que intentar comentarlos, siquiera sumariamente, resultaría una tarea desmedida. Con esa convicción, reiteramos igualmente –esta vez como acto de humildad académica– que somos conscientes de nuestras limitaciones en cuanto al criterio interdisciplinario que sería menester para aquilatar la trascendencia de los procesos que nos mantienen en expectación, por lo que exhortamos a las demás corporaciones a sumarse a este esfuerzo de reflexión.

Una mirada retrospectiva

El escenario nacional, en especial desde comienzos del año 2002, se ha tornado turbulento y conflictivo. A tal punto que, calificados politólogos han planteado, admonitoriamente, la necesidad de corregir el rumbo o correr el riesgo de que la trayectoria culmine, fatalmente, en un caos.

Antes del 13 de abril de 2002, Venezuela vivió conmocionada por el impacto de una crisis que nos auguraba un porvenir incierto. Con expectación asistimos al proceso de conformación de una situación de deterioro del Estado de Derecho con menoscabo de la gobernabilidad, entendida como “conjunto de reglas, instituciones y prácticas que establecen los límites para el comportamiento de los individuos, las organizaciones y las empresas” (ONU). Del debilitamiento de este orden de cosas dio testimonio fehaciente el reciente conflicto de Petróleos de Venezuela, S.A., que desembocó en una huelga que a su vez condujo a una gran protesta nacional y acontecimientos posteriores.

El “proceso revolucionario” que nos fue ofrecido por la actual dirección gubernamental como una vía participativa y pacífica, con sus errores nos ha puesto a marchar sobre un derrotero que nos conduce a un destino incierto. Los hechos se han sucedido de tal modo que han culminado en una rebelión ciudadana que ya ha cobrado un alto precio en vidas y sangre humana y cuyo resultado, nos regresa al inicio del camino. Bien es cierto, que en medio del desasosiego reinante, la sociedad civil procura encontrar indicaciones precisas para cambiar el rumbo.

Esa experiencia, adquirida a un costo tan elevado, ha producido en todos los venezolanos, sin excepción, cambios cuyo impacto en el futuro del país hoy no es fácil apreciar. Es preciso que nos hagamos conscientes de esta realidad: somos ahora una nación diferente. Estamos dispuestos, intelectual y animosamente, para intentar los cambios que sean necesarios y para resistir los que no lo sean. Es el despertar de una toma de conciencia de la venezolanidad.

Para ponderar la magnitud de esa responsabilidad se requiere precisar el origen de las acciones y omisiones que nos han conducido a la prédica a favor de la violencia, contrariando todo proceder racional.

La condición necesaria

Para que un país pueda alcanzar los niveles deseables en su desarrollo integral sustentable, no le será suficiente con disponer de abundantes riquezas naturales ni contar con un apreciable capital humano si al mismo tiempo, no cumple, con la condición necesaria de contar con instituciones democráticas fundamentales sólidamente cimentadas, tal como lo ha planteado el Premio Nobel de la Economía Douglas North, entre ellas el “derecho de propiedad” y un “sistema idóneo de justicia”.

Las instituciones y las leyes deben ser dignas de confianza. Su legalidad y su legitimidad al igual que su trayectoria deben ser incuestionables para garantizar su respetabilidad. No puede haber confianza si las instituciones que representan las ramas del Poder Públicos responsables de la supervisión y el control de los actos de los organismos gubernamentales, dan manifestaciones de que su autonomía es precaria y puede presumirse su sumisión a “un poder supremo”.

El escenario nacional

Sin pretender bosquejar una tesis, conviene intentar un recuento a manera de recordatorio de hechos y circunstancias que por sabidas se pueden desestimar y no relacionarlas, como es debido, con las causas del desequilibrio político que han conducido al país a la situación descrita.

Reconstruyamos, a muy grandes trazos, el escenario nacional con sus actores, fuerzas actuantes y demás factores condicionantes.

Las masivas manifestaciones de calle han permitido comprobar que la conmoción social ha afectado a toda la ciudadanía. Es alentador percibir que la sociedad civil es consciente de la división de su fuerza en diversos sectores; y, de la responsabilidad que esto supone de buscar mediante la organización, el efecto de sinergia de sus respectivas funciones en procura de una correlación de fuerzas, cuyo poderío será inmensamente mayor que la simple suma de los sectores coaligados.

Ese objetivo trascendental tal vez no sea fácil de alcanzar, pero ello es factible, tanto más, si se admiten como condición necesaria para lograr el éxito, cuando menos los tres requerimientos siguientes: primero, que las sociedades intermedias se organicen sectorialmente y que lo hagan conforme al principio de subsidiaridad, ya que es básico que cada sociedad intermedia tenga su fundamentación legal reconocida y respetada por el Estado y la Autoridad; segundo, que exista el acuerdo expreso de luchar por un Proyecto de País, producto de un gran acuerdo nacional y que esto se logre en un sistema de gobierno libre que ponga en práctica un régimen democrático verdaderamente participativo; y, tercero, que sea unánime el convencimiento y la disposición en relación con la idea de una estrategia compartida, con miras a lograr ese “Gran Acuerdo Nacional”.

Como cabe suponerlo, por el número y la complejidad de los participantes en la confrontación resulta casi imposible lograr un ordenamiento de todas las fuerzas concurrentes, que tenga como resultante el necesario equilibrio político; sin el cual no se logrará jamás el ambiente ideal de democracia y libertad, donde pueda ejercerse a plenitud el derecho a disentir y a contrastar las opiniones en la búsqueda del consenso en la delineación de las reglas del juego y la gobernabilidad, cabalmente entendidas. Esta aspiración se tornará imposible si se adoptan posiciones extremas o si se desestima la búsqueda de ese equilibrio. Esto es lo que ha sucedido entre nosotros.

Poder y Autoridad

El análisis del comportamiento de esos factores nos permite apreciar que el Poder Estado y Autoridad, al margen del interés común y en muchos casos contrariándolo, han actuado como si fueran las mayores fuerzas y con más claro sentido de sus discutibles metas. Del

conjunto de factores que han asumido la defensa de la libertad y la democracia, algunos de ellos han dado muestras de tener más claro el sentido de su misión y su poder intrínseco; sin embargo, como un todo da manifestación de desconocer su verdadero poderío y se percibe que sus acciones no responden a un plan preestablecido debidamente ordenado y concertado, lo cual causa el temor de que los esfuerzos respectivos se anulen entre sí y no logren el objetivo que se han propuesto.

En estas condiciones, a todas luces adversas, se acometió el proceso de reconstrucción del Estado y la Autoridad, el cual debía hacerse conforme al mandato de la nueva Constitución de 1999. En la instalación de las nuevas instituciones y del ordenamiento jurídico democrático, sucedió lo previsible: sólo quienes detentaban el poder participaron en ello. Se impuso el autoritarismo, que concentró en las manos del Jefe del Estado un poder excesivo sin precedente en la historia democrática del País

Una democracia tutelada

Todo eso sucedió, precisamente, cuando el Presidente vivía su mejor momento político. Estaban dadas las condiciones para demostrar que en verdad se deseaba una revolución en libertad, afianzada en una genuina democracia participativa, que tuviera por norte el respeto a la dignidad de los ciudadanos - como personas humanas – y su desarrollo y realización en paz.

Nada de eso se intentó, se privilegió la acción ideológica y proselitista, que adquirió su propio dinamismo disociador en medio del mayor desequilibrio político. Todo ello con manifestaciones de resentimiento y odio social, cosa que los venezolanos con justificado orgullo creían haber superado al alto costo de la Guerra Federal.

Con las desviaciones en su conducta política y de mal manejo de la cuestión económica, el Gobierno ha creado, entre otras contradicciones, un ambiente dentro del cual no puede darse la confianza como estímulo a la inversión privada. El resultado, inevitable, ha sido el crecimiento de la pobreza que es, a su vez, causa y efecto del desempleo, de la malnutrición, el hambre y los bajos niveles de salud, educación y seguridad, cerrándose así un círculo vicioso con el aumento de la desconfianza; por no haber tenido en cuenta a la economía como elemento inspirador de la política. Así no podrá haber desarrollo integral sustentable.

Con el intento de imponer una democracia tutelada, se provocó una crisis nacional que compromete todo el ordenamiento: político, militar, económico, social y cultural, que nos regresa al punto de partida en condiciones más precarias. En esta vez, el Presidente no vive su mejor momento.

Dentro de ese escenario de crisis que cambia a ojos vistas, el Poder Civil, uno de los actores, acaso el de más compleja estructuración, se ha comportado sorprendentemente al mostrarse capaz de defender su libertad y realización en paz y democracia. Ciertamente que ha

tenido el estímulo ostensible de instituciones tradicionales como la Iglesia y los Medios de Comunicación Social; y, que han contado con el respaldo de todos los sectores sociales, especialmente los trabajadores y el empresariado.

Esa actuación fue evidente en el desarrollo de dos grandes jornadas de calle: el paro cívico del 10 de diciembre del 2001 y “la Gran Marcha por la Democracia y la Libertad” del 23 de enero de 2002.

Acuerdo Democrático

El propósito de ese gigantesco esfuerzo debe concretarse en un acuerdo democrático. Un avance en esa dirección fue el Proyecto de Acuerdo presentado al país el 5 de marzo de 2002. En ese proyecto la Iglesia no fue parte, sino que actuó como testigo de buena fe, como acompañante con fuerza espiritual, avalista moral y propiciadora del diálogo. El hecho histórico de las tres fechas citadas que tuvieron como colofón lo ocurrido el 11 de abril de 2002, constituye el testimonio vigoroso de la existencia real de la sociedad civil que mostró a propios y extraños que como un todo tiene un poderío suficiente para desmontar un gobierno, como en efecto lo hizo. Fue el producto de un protagonismo espontáneo. Bien puede imaginarse lo que podría alcanzarse si se hace consciente de su fuerza como ente organizado.

A partir de esos acontecimientos se ha comprendido mejor que el Poder Civil; el Poder Político y el Poder Económico no son una sola y misma cosa, que es posible como se vio en determinados momentos, que uno pueda prevalecer sobre otro u ofrecerle ayuda, o que lo supla en involuntarias ausencias, sin que ello configure una usurpación de derechos. Lo que no ocurrió en el trance dramático del 11 al 13 de abril, cuando la conducta política dio manifestaciones de desconcierto, haciendo evidente que las cuestiones de Estado deben estar reservadas a estadistas y manejadas con criterio político y principios rectores claros.

Anarquía Política

Un riesgo está a la vista: que la anarquía política o el caos institucional, que nos amenazan, “tranquen el juego” de influencias para el diálogo y la concertación. Por sus consecuencias, esto debería constituir el motivo central de la preocupación de todos los sectores.

Ante esta eventualidad como respuesta lógica, la ciudadanía que disiente de la orientación gubernamental en la actualidad, debe organizarse y hacerse consciente del poderío que le confiere su estructuración, que no surgirá como por arte de magia, sino requiere coordinación y esfuerzo sostenido y solidario. Del pasado reciente, rico en lecciones, cada quien debe aprender la propia y todos recordar, por ejemplo, que la pobreza y los pobres son una realidad actuante.

Cada persona y cada institución debe tener clara su responsabilidad, en orden a lograr un clima de discusión abierta y concertación real, en el cual los participantes desde el primer

momento den testimonio con su conducta y sus actos de su disposición a alcanzar soluciones viables a los problemas fundamentales, cuya atención el País reclama y espera.

Papel de La Academia

Todo indica que ha llegado el momento de definir, sin evasivas posibles, la responsabilidad que corresponde a las Academias. Ya no será suficiente, aunque siga siendo válido, el gesto puntual de un manifiesto o declaración de principios. Tampoco será cuestión de recurrir a desplantes o acciones violentas que, si bien permitirían desahogos emocionales, podrían conducir a posturas inadecuadas que convertirían el gesto en una victoria pírrica.

Las Academias deben revisar el espacio que tienen reservado dentro de la organización de la sociedad civil. Habría que proceder a demarcar los límites con los demás poderes, que no debe dejar lugar a dudas, cuando se trate de filosofía y políticas de Estado.

Si ponderamos las potencialidades de cada una de las Academias, en particular, y de todas ellas, globalmente, tendría que admitirse que es un despropósito que dichas instituciones, pudiendo hacerlo, no formulen planteamientos filosóficos o políticos cuando se trate de políticas de Estado atinentes al bien común. Tales planteamientos tendrían que estar enmarcados en el ámbito de la competencia de las Academias y ajenos a intereses ideológicos o proselitistas de partidos; y, ser planteamientos que contribuyan a orientar al Estado, a la Autoridad y a la ciudadanía en general.

Esta posición tiene presente la conducta ejemplar de aquellos compatriotas, a quienes como Individuos de Número de sus Academias respectivas, la historia los recuerda como paradigmas del académico cabal.

Si se acepta este postulado surgirá con la fuerza de lo evidente, la responsabilidad de los académicos y con ella la idea fuerza que debe inspirar la misión de las Academias: “hacer posible que en el esplendoroso escenario que le dio la Providencia a Venezuela, prospere por la acción de todos, la gran Nación que podemos y debemos ser”.

En este momento histórico lo que está en juego no es solo el destino de Venezuela, si no también la libertad misma. No podemos eludir el reto de contribuir como personas y como instituciones a reorientar el rumbo hacia el restablecimiento del equilibrio político que posibilite mediante un diálogo auténtico y una concertación oportuna, niveles deseables de gobernabilidad y confianza que hagan realidad el anhelo colectivo de vigencia plena de los derechos constitucionales y de desarrollo en paz y libertad.-

Dado en El Palacio de las Academias Nacionales
En Caracas, a los 26 días del mes de Julio de 2002
La Junta de Individuos de Número